

LA INTERVENCIÓN FAMILIAR EN LAS ACTUALES REALIDADES SOCIALES

Dra. Patricia Arés Muzio

Facultad de Psicología
Universidad de La Habana
email: rarce@enet.cu

VIVIMOS HOY EN EL LLAMADO MUNDO DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL, A LA QUE HA SOLIDO DENOMINÁRSELE MODELO DE DESARROLLO. SIN EMBARGO, PARADÓJICAMENTE, ESTE SUPUESTO DESARROLLO CENTRADO EN LA EFICIENCIA Y EN LA RENTABILIDAD, HA DEJADO EN LA MÁS DRAMÁTICA POBREZA A CIENTOS DE FAMILIAS EN EL MUNDO.

Vivimos hoy en el llamado mundo de la globalización neoliberal. A este modelo ha solido denominársele modelo de desarrollo. Sin embargo, paradójicamente, este supuesto desarrollo centrado en la eficiencia y en la rentabilidad ha dejado en la más dramática pobreza a cientos de familias en el mundo; ha generado la mendicidad, la desintegración familiar y otros problemas sociales no deseables como la delincuencia, la violencia y la explotación infantil. En el último cuarto de siglo XX se produjeron descubrimientos tecnológicos impresionantes. Sin embargo, es un por ciento muy reducido de personas, el que tiene acceso a ellos. Una gran contradicción nos acecha cuando vemos que, a la par de estos desarrollos, la globalización neoliberal no es una propuesta de esperanza para las personas. Nuestro objeto de estudio, que es la salud y el bienestar humano, cada vez está más invisibilizado y manipulado con la actual propuesta de desarrollo. Hoy día los ricos son cada vez más ricos y menos numerosos. Los pobres son cada vez más pobres y más. Un sentimiento de desencanto parece imperar en las personas y las familias, una sensación de desborde, una desesperanza, una renuncia a las utopías. Hoy se habla del fenómeno de la familia acosada por una realidad enajenante, de la vulnerabilidad familiar y otros términos que pretenden recoger esta cruda realidad. La situación económica pone a prueba los recursos adaptativos y la capacidad de subsistencia de muchas familias en los países de América Latina y el Caribe por la hiperbolización que inevitablemente tiene la función económica a partir de estas realidades. Se produce una distancia cada vez mayor entre las propuestas del consumo y sus posibilidades de satisfacción, entre necesi-

dades básicas de subsistencia y otras necesidades casi expropiadas de progreso y bienestar emocional. Si en su época, Freud hablo del malestar de la cultura, hoy estamos hablando de la cultura del malestar.

La familia en el contexto de la globalización no parece fortalecerse; sin embargo, tampoco —por supuesto— tiende a desaparecer ya que, en contextos de crisis, es la familia la llamada a garantizar el susten-



to de sus miembros y atender la salud de los mismos, aunque sea precariamente, convirtiéndose hoy en un valor refugio y sostén imprescindible.

Las políticas sociales en beneficio de la familia han sido sometidas a recortes presupuestarios importantes en los países de la región, debido a un debilitamiento de las funciones del estado.

La economía mundial no está al servicio de las personas ni de las familias sino de la eficiencia. El criterio imperante es la pura utilidad económica, sin apenas tener en cuenta la dignidad humana. Las empresas para ser rentables dejan sin trabajo a un montón de familias, siendo el desamparo social algo casi habitual.

A este panorama, los científicos sociales y los trabajadores de la salud humana tenemos que enfrentarnos ineludiblemente. Estamos retados y desafiados a generar modelos de intervención para las personas y las familias que no eludan estas realidades. Creo que los desarrollos científicos en el ámbito de la salud humana, o en el mal denominado campo de la salud mental, deben generar nuevos modelos para incorporar estas difíciles situaciones.

En las condiciones actuales sería imprescindible preguntarse... ¿Es pertinente el concepto de salud que propone la organización mundial como un estado pleno de bienestar físico, psíquico y social? ¿Es posible en las condiciones actuales pensar la salud como un estado o como la ausencia de enfermedad? ¿Es posible aspirar a un pleno bienestar con las realidades sociales actuales? Hoy día, lo que más viven las personas son contradicciones y la mayoría de los casos con familiaridad acrítica. Contradicciones entre sus aspiraciones y la realidad; entre los asignados culturales y las propuestas de cambio; entre el pensar, el sentir y el hacer; entre el ser y el tener; entre la familia y el trabajo. Si rescatamos esta categoría que nos legó el marxismo —o sea, vistas las contradicciones como la fuente del desarrollo—, creo que la única aspiración para generar desarrollos sociales y crecimientos personales consiste hoy en brindar, desde un concepto más real de salud, la mayor capacidad a las personas y las familias de entender y resolver las contradicciones personales, familiares, económicas, éticas, morales y sociales con que se enfrentan en su vivir cotidiano. Es por ello que considero que todos los modelos de intervención en los tiempos actuales no deben quedarse en las descripciones de los procesos y categorías sino que deben ser explicativos de la realidad, traductores del contexto para generar en las personas un aprendizaje activo,

una conciencia crítica y un discernimiento ético. Esto no es sólo responsabilidad de los trabajadores al servicio de la salud humana sino que también debe ser responsabilidad de los medios de difusión y de las instituciones educativas. Asistimos hoy a una gran distorsión de los modelos que se nos venden por los medios de difusión de felicidad humana y de los recursos para lograrlos. Es como si las contradicciones estuviesen invisibilizadas y, más que generar crecimientos, los medios de comunicación en nuestro continente estuvieran al servicio de lo que ha sólido llamarse la socialización de la ignorancia. Una gran proliferación de las pseudociencias y de soluciones mágico fenomenistas aparecen en el mundo de hoy como únicos recursos para enfrentar los problemas inherentes a la subjetividad humana. Se habla del poder de los astros, de las fuerzas sobrenaturales, de los milagros, de la lotería, de la gran oportunidad... como soluciones mágicas y escapistas, depositando las soluciones fuera del marco de posibilidades de los sujetos y de las familias. Al mismo tiempo, si se apela a las potencialidades de los individuos y las familias, las pseudociencias ofrecen recursos alternativos, igualmente mágicos, como el poder de la energía positiva, los pensamientos optimistas, la autoestima alta como acto de voluntarismo, pero de manera descontextuada y ahistórica, manipulándose los sentimientos y las aspiraciones de las personas e inhabilitándolas para hacerse cargo de sus vidas y su realidad de manera efectiva. Tras estos precarios recursos, las personas van al vivir cotidiano en un lamentable círculo vicioso entre la omnipotencia y la impotencia. Lo que más tenemos bloqueado son las verdaderas potencias.

Si observamos los modelos que se han generado en el campo de la psicoterapia familiar, vemos como se responsabiliza a la familia. La teoría general de los sistemas declara que la familia es un subsistema dentro de un macrosistema. Sin embargo, la propuesta de trabajo terapéutico elude toda suerte de consideraciones sobre las determinantes históricas, culturales y sociales de la problemática de los miembros de las familias con que se trabaja, sin tomar en cuenta que los sistemas humanos son históricos, culturales, sociales e ideológicamente determinados. Al final, los terapeutas se vuelven operarios de sistemas.

Si bien estas teorías que sustentan los abordajes actuales para la terapia familiar han logrado sacar al individuo de un modelo biologicista y nosológico, todavía falta mucho por recorrer para que las disfuncio-

nes no queden al interior de la familia. Terminamos culpando a las familias no sólo de sus problemas, sino de las causas de los mismos. Aplicando consecuentemente la teoría de los sistemas, tendríamos que aceptar que las disfunciones están actualmente en la relación familia y sociedad. Nada se articula de manera coherente entre la familia, el ecosistema y el macrosistema. La familia es abandonada en sus políticas por el estado, y el entorno social no permite una articulación armónica con las familias; mas bien éstas se protegen de un entorno amenazante. La relación familia-trabajo está en antagonismo. Las jornadas de trabajo intensivas reducen inevitablemente el tiempo para la familia. Todos los entes productivos —tanto la mujer como el hombre y, en muchos casos, hasta los niños— tienen que trabajar fuera de casa todo el día para poder subsistir. ¿Se imaginan que a familias acosadas y desbordadas por estas realidades le digamos que se tienen que comunicar mejor, que deben atender mas a los hijos? A partir de sus realidades de vida, resulta claro que esto es necesario, pero si no le damos las herramientas de análisis para entender, decodificar y resolver sus contradicciones, lo que les dice el psicólogo lo viven como una gran sobrexigencia. Muchas veces distanciamos el discurso del profesional con los cotidianos de vida; lo vaciamos de contenido y, más que ayudar, impotenciamos a las familias con muchas propuestas en relación con lo que deberían ser y se debería hacer.

No cabe duda que los desarrollos de los modelos de psicoterapia han trabajado con las familias que pueden pagar estos servicios que, dicho sea de paso, son muy costosos; son muy pocas las que pueden acceder a los mismos. Ello ha impuesto un sesgo en los problemas familiares que generaron estos desarrollos. Las familias más necesitadas no tienen problemas que puedan ser atendidos por los psicólogos, según estas visiones de clase donde los profesionales están formados más al servicio de las propuestas del mercado y no de la verdadera necesidad social.

Comprender la idea de los trabajadores de la salud y del rol profesional en el mundo de hoy, es suponer un proceso formativo integral para interactuar en la diversidad, en la heterogeneidad, en la incertidumbre, en la crisis, en el caos, en la ruptura. Desde esta perspectiva, el rol del profesional también entra en crisis en la medida que intenta asumirse como gestor de procesos abiertos, críticos, creativos, innovadores... para contribuir a convertir lo posible en probable, visto lo probable como una alternativa que complejiza nuevos procesos.

Es cierto que los trabajadores de la salud mental estamos al servicio de la felicidad, de las personas y de las familias, pero hasta la felicidad es vendida como producto del mercado; también consumimos modelos de felicidad. También se vende la ilusión. Tenemos que revisar con que constructo de felicidad estamos haciendo cada vez más infelices a la gente. Si nos ubicamos en la idea de desarrollo asociado a que uno es más feliz mientras más tiene y más puede, imagínense cuantos hombres desde su rol tradicional de proveedor quedan descalificados y expropiados de su valía personal. Quizás, por eso, las emigraciones son sobre todo un patrón masculino, y la deserción paterna es casi un asunto estructural de las familias actuales.

El tener se vuelve aspiración fundante a cualquier precio. Nos han impuesto una nueva moral: cuanto más tengo, mejor; no cuanto mejor, más tengo. No hay otra valía para las personas y las familias en los tiempos actuales del mercado. Otro modelo de identidad que genere el ser a partir de cómo me asumo, cómo me abro al otro, cómo nos reconciliamos con nuestra realidad, queda desvalorizado de la psicología humana como opción viable de vida.

¿Qué impacto ha tenido este proceso de la globalización en la familia cubana? ¿Tenemos diferencias en la forma de vivirlos por ser Cuba un país que ha gestado una revolución social? ¿Viven las familias estas influencias regionales por ser parte de un contexto social más amplio latinoamericano y mundial?. ¿Cómo afecta la globalización a las familias cubanas? ¿Están los profesionales de la salud preparados para enfrentar los múltiples y disímiles problemas de las familias hoy? ¿Cuentan con las herramientas teóricas y metodológicas para enfrentar los cambios?

Quizá podamos hacernos muchas más preguntas, pero lamentablemente el espacio sólo permite responder de manera concisa las más importantes, y creo yo que las más necesarias.

La familia cubana constituye un ámbito muy importante de estudio. En nuestras familias se ponen de manifiesto los impactos de las políticas sociales de educación, salud y seguridad social, y el papel de la mujer. También la forma concreta en que cuajan los efectos de la crisis económica, junto a las medidas de ajuste socioestructural que tuvo que desarrollar el país para salir de la misma, además de las transiciones demográficas, las migraciones, la relación entre cultura y realidad social... Es en este grupo humano donde gravitan los efectos regulativos de las leyes, políticas y medidas sociales. La fami-

lia cubana, por tanto, expresa en su funcionamiento avances impresionantes y contradicciones aún no resueltas, fortalezas y debilidades, riesgos y conquistas.

En muchas oportunidades me han preguntado si existe una familia cubana —o, más bien, familias cubanas—, si hay algo que las distinga por ser cubanas. Pienso que sí y que ello está muy relacionado con los elementos de nuestra identidad nacional. Nuestro diseño de sociedad produce una impronta en las formas de hacer, estar y vivir en familia. Cuba, como país y nación, exhibe una serie de particularidades que nos condicionan la idea de que sí existen características que nos distinguen como familias y que aportan una síntesis curiosa, única e irrepetible, por nuestra cultura e historia. Aunque compartimos muchos elementos culturales comunes con países de América Latina y el Caribe, un proceso social como el que ha vivido nuestro país ha marcado diferencias en las causas y orígenes de algunas transiciones familiares que hemos vivido, así como en sus formas de expresión. Un profesional cubano que pretenda trabajar con familias debe conocer estas características.

En el ámbito familiar, siendo un país subdesarrollado, Cuba comparte indicadores de cambio para la familia de países desarrollados, debido al acelerado progreso social, entendido éste no como desarrollo económico sino como la mayor cantidad de bienestar para la mayor cantidad de personas posibles. Así tenemos, por ejemplo, la divorcialidad, la reducción del tamaño de la prole o número promedio de hijos, la esperanza de vida, la disminución de la mortalidad infantil, el incremento de la tercera edad. Todo ello hace que enfrentemos problemas que se correspondan con países de altos niveles de desarrollo social.

Sin embargo, por ser un país subdesarrollado, que a su vez ha vivido una crisis económica cruenta en estos últimos diez años, las formas de vivir y manifestarse estos indicadores de cambio para la familia son diferentes. Múltiples y disímiles problemas con la vivienda, el presupuesto familiar, la escasez de recursos... hacen que vivamos situaciones desarrolladoras en contextos subdesarrollados.

De ahí que tampoco los impactos de las crisis económicas sean iguales. En muchos países, la pobreza extrema conduce a la mendicidad, al trabajo infantil, a la feminización de la pobreza, a la marginalidad psicológica o cultura de la desesperanza. En Cuba las políticas de protección a la infancia y las de seguridad social, no conllevan a vivir las carencias con estas nefastas consecuencias.

Por su parte, tampoco vivimos los impactos que la globalización ha impuesto a las familias que se suponen no vivan en la pobreza. El uso desmedido de la tecnología ha promovido en muchos hogares los fenómenos de privatización extrema donde, en cada cuarto, hay una computadora, cada persona tiene un celular y un carro, pero raramente conversan entre sí cara a cara; quizás, mientras chatean con alguien en Japón, no conocen las necesidades del vecino que tienen al lado o de su hijo o hija.

Otras de las características distintivas de nuestras familias son sus redes de socialización. En Cuba se hace vida de familia y de comunidad. Hoy día en la mayoría de los países esto no es posible porque la extensión de las jornadas de trabajo impiden llegar temprano al hogar. Los niños, después de la escuela, quedan solos con el televisor u otro medio de entretenimiento tecnológico. En nuestro país nuestros niños tienen muchos adultos alrededor y los escolares juegan en la calle. No existe peligro de robo de menores ni tampoco nuestros niños tienen a disposición gran cantidad de recursos electrónicos de entretenimientos.

Diríamos que las familias en Cuba no están amenazadas por los excesos de las sociedades de consumo y la extrema invasión de la tecnología; tampoco nos amenazan los dramáticos males sociales de la pobreza. Hemos, como país, desarrollado procesos protectores a las múltiples amenazas del mundo globalizado de hoy. Sin embargo, ello no quiere decir que no tengamos problemas.

En Cuba, por las diversas formas actuales de acceso a la economía, existen familias más próximas a presentar problemas que hoy día tienen los más favorecidos en el mundo, mientras que otras están más próximas a presentar los problemas de los más empobrecidos. Nuestras políticas sociales sólo modulan los efectos nefastos de ambas tendencias.

Existen también problemas y conflictos de comunicación, de convivencia obligada por falta de espacios habitacionales, maltratos e incomprensiones que ponen de manifiesto aún una escasa cultura para la convivencia y la cotidianidad a pesar de los niveles educacionales alcanzados.

Todas nuestras familias, por su parte, tienen acceso a los servicios de salud y programas educativos, por lo que nuestros profesionales no tienen sesgos de grupos específicos. Deben, por tanto, conocer y explorar las múltiples configuraciones de familias cubanas y la influencia de los disímiles factores —económi-

cos, políticos y sociales— que determinan su modo de vida particular. Un profesional cubano que trabaja con familia debe estar preparado para trabajar con la diversidad, la complejidad, la accesibilidad y la multiplicidad de influencias e interrelaciones con las instituciones, la comunidad y el estado.

Los profesionales de la salud —psicólogos, psiquiatras y trabajadores sociales— en Cuba cuentan con condiciones sin precedentes para enfrentar de manera integral y transdisciplinaria los problemas familiares actuales haciendo énfasis en los programas de prevención.

Se hace necesario asumir el reto de no apropiarnos, en forma dogmática y acrítica, de modelos de intervención importados de otros contextos y realidades. Hay que asumir un paradigma dialéctico de salud y enfermedad que nos permita flexibilizar y enriquecer dimensiones de orden psicosocial y grupal en el análisis de la solución de continuos procesos contradictorios que

se dan en el seno de las familias, las parejas y los sujetos mismos. Se hace necesario brindar los elementos necesarios para una lectura crítica de la construcción histórica de la familia, visibilizando los roles culturalmente asignados y asumidos a los géneros masculino y femenino. En los tiempos actuales, todos tenemos una exigencia de desarrollar modelos de construcción social que dignifique la condición del ser humano tanto desde lo educativo como desde lo clínico y terapéutico.

Nuestros profesionales cuentan con el apoyo de la sociedad y una voluntad política al servicio del bienestar. El mundo no se puede dar el lujo de perder la vigencia de la utopía. No se trata de pedir lo imposible ni de soluciones mágicas fuera de nuestro alcance, sino sacar el máximo provecho a la oferta modesta de nuestra acción comprometida y a la capacidad y creatividad del ser humano.

Bibliografía

COLECTIVO DE AUTORES: *Acerca de la familia cubana*, Editorial Academia, 1993.

COLECTIVO DE AUTORES: «La familia ¿Crisis en la familia cubana?», en *Revista Cuba Internacional*, 1993.

Cucco, M.: *Metodología de intervención comunitaria. El grupo formativo en Modelos grupales en Psicoterapia*. Editorial: Sociedad española para el desarrollo del grupo, el Psicoanálisis y la Psicoterapia, 1990.

ENGELS, F.: «La familia, la propiedad privada y el Estado», en *Obras Escogidas*. Editorial Progreso, Moscú, 1974.

Haley, J.: *Técnicas en Psicoterapia Familiar*. Amorrortu. Buenos Aires, 1967.

MINUCHIN, S.: *Familia y terapia familiar*. Editorial Gedisa, México, 1988.

PAPP, P.: «Carta dirigida a Salvador Minuchin», en *El cambio familiar: desarrollos de modelos*. Editorial Paidós, 1988.

RIVIÈRE, P.: *Del psicoanálisis a la psicología social* III. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.

SATIR, V.: *Relaciones humanas en el núcleo familiar*. Editorial PAX, México, 1989.

WATLAWICK: *Teoría de la Comunicación Humana. Interacciones. Patologías y Paradojas*. Editorial Herder; Barcelona, 1993

ZITO LEMA, V.: *Conversaciones con Pichon Rivièrè*. Editorial CINCO, Buenos Aires, 1992.

